



NUEVA CANCION DE LA ATALA.

En ella se declaran los amores de la misma y del ardiente Cháctas, y la desesperacion de este por causa de la muerte de su querida.

I.
Nací americano errante,
mi padre á mi lado espiró
y en los campos terribles de Marte
la venganza me recomendó:

asi mismo á su caro aliado
encargó mi cuidado al morir,
pero yo me aparté de su lado
sin mi Atala no puedo vivir.

II.

En un campo de bosques frondoso
ví á una bella y temprana hermosura,
y al instante resolví amoroso
el amarla y seguir mi ventura:
la amé á ciegas rendido y constante
y sus pasos resuelvo seguir;
dejé á Lopez, la busco y errante
sin mi Atala no puedo vivir.

III.

Llegué al campo enemigo rendido
me aprisionan y en mi triste suerte
yo tranquilo esperaba la muerte
cuando Atala se me apareció:
con el rostro cubierto de un velo:
me aconsejo la debo seguir,
se descubre, y al ver aquel cielo
con mi Atala yo quiero morir.

IV.

Cuando atado en el campo me hallaste
y me diste feliz libertad,
de una muerte cruel me librástes
y de tí no me puedo apartar:
quiero siempre seguirte y amarte
y teniendo contigo que huir
por mi vida tu fin encontrastes;
sin mi Atala no puedo vivir.

V.

La campiña con todas sus flores
en los dias serenos no iguala
la hermosura fugaz de mi Atala
cuando tuve con ella que huir:
ni tampoco las aves cantaban
con tan dulce y suave armonía
se acabó para mi la alegría
sin mi Atala no puedo vivir.

VI.

Triste Cháctas que rápida ha sido
la halagüeña ilusion de mi dicha
sumergido en perpetua desdicha

solo siento un fatal porvenir!
Bella vírgen, tu vida espusiste
por librarme de muerte funesta
y será mi cancion siempre esta;
sin mi Atala no puedo vivir.

VII.

Cuando el rayo cayó en el desierto
y aquel árbol frondoso abrasó,
quien dijera, mi querida Atala,
que tu fin muy funesto indicó:
este caso terrible me asombra,
me consterna y no puedo decir
ay de mí! que de pena fallezco;
sin mi Atala no puedo vivir.

VIII.

Cuando en el rayo en el desierto
la palmera en que yo te apoyaba
quien creyera, infeliz que anunciaba
al final de tu triste ecsistir!
el destrozo que hiciera en el suelo,
la borrasca que el pecho sufría
es menor que el dolor que sentía
al mirar á mi Atala morir.

IX.

Engañada tu tímida madre
hizo voto funesto á tu vida;
te creíste á mi lado perdida
sin quererme tu pena decir:
el secreto fatal que en tu pecho
ocultabas á tenaz suerte
te ha perdido y me pierde igualmente
sin mi Atala no puedo vivir.

X.

Oh! funesto aquel dia en que Atala
con ecsánime voz me decía:
adios, Cháctas, adios, y confia
que hasta el cielo mi amor llegará:
y mirando sus lánguidos ojos
advertid que la vida perdida,
aumentando la tristeza mia
no poder á mi Atala salvar.

XI.

Con sus trémulas manos Atala,
 ma imágen de Cristo me dió
 que en el cuello pendiente tenia
 en el mismo momento espiró :
 esta herencia preciosa me entrega
 me encarga he de recurrir
 en mis tristes desgracias á ella :
 sin mi Atala no puedo vivir.

XII.

Cuando en vano mi pecho se agita
 recordando la dulce ecsistencia
 de mi Atala que por su inocencia
 con la muerte la ví yo inchar!
 ya por fin un suspiro ecsalando
 me miró y quedó desmayada,
 y mi alma quedó aletargada,
 pues quedóse mi Atala mortal.

XIII.

Cuántas veces decia conmigo
 que dichosa será nuestra vida!
 mas la suerte terrible homicida
 hizo su espada con sangre teñir ;
 la esperiencia de aquel sabio amigo
 predecia mi mal venidero :
 la ecsistencia sin tí no la quiero,
 sin mi Atala no puedo vivir.

XIV.

Con tu muerte , mi querida Atala,
 contristóse mi pecho amoroso,
 y en lugar de un futuro reposo
 solo siento desdicha infeliz :
 ha dejado mi alma afligida
 sin que pueda yo tener contento,
 esclamando con gran sentimiento ;
 sin mi Atala no puedo vivir.

XV.

Dulce Atala , mi bien , mi querida,
 donde fueron los dias dichosos
 que tus ojos divinos y hermosos

se volvian á mi con placer!
 Se ausentaron cual sombra fugace
 y en mi pecho quedaron grabados
 con recuerdos tan dulces y amados
 que jamás yo podré olvidar.

XVI.

Yo cantaba los dias dichosos
 que debia pasar á tu lado :
 y tenia tambien ideado
 nuestro rústico albergue erigir :
 mas ¡ay Cielo! que en vez de cabaña
 y en lugar de la dicha futura
 yo te he dado infeliz sepultura :
 sin mi Atala no puedo vivir.

XVII.

Bella imágen de un Angel dormido
 presentaba mi amada ya yerta
 de guirnaldas y rosas cubierta
 tan hermosa la ví sepultar :
 yo perdí á mi Atala , parezco,
 no olvidando jamás sus amores,
 de ellos mis terribles dolores
 los que vieron su muerte fatal.

XVIII.

De sus ojos el fuego brillante
 con la muerte quedando apagado
 oscurece su rostro dorado
 por lo cual yo no puedo ecsistir
 por el voto fatal de su madre
 llegó á cometer el suicidio,
 yo atacado de un fuerte delirio
 sin mi Atala no puedo vivir.

XIX.

Con mis brazos la dí sepultura
 en aquellos desiertos sombríos ;
 contemplé su marchita hermosura
 convirtiendo mis ojos en rios.
 Aqui terminaron mis dichas,
 y á mi Lopez resuelvo seguir
 á llorar con él mis desdichas,
 con mi Atala yo quiero morir.

XX.

De mi Atala los rubios cabellos
 esparcidos al viento los ví
 y en la tumba cual rosa fragante
 enramada en mañana de Abril ;
 con mi llanto regué su sepulcro
 y su vista acabó mi dolor,
 mas , que mucho , si el me ofrecia
 desdichado final de mi amor.

XXI.

Enterrada en país extranjero
 ya no habrá quien por mi se interese
 ¡Oh , si el Cielo á lo menos quisiese
 una vez mis deseos cumplir !
 yo muriese contento al instante
 y á tu lado gozára el reposo
 que me priva este mundo engañoso,
 sin mi Atala no puedo vivir.

XXII.

Unos lazos piadosa rompiste
 que á la pena de muerte me ataban,
 y al romperlos tus manos labraban,
 otra pira á tu vida infeliz:
 esta tumba que en llanto anegada
 ha formado á tus tristes despojos,
 regarán para siempre mis ojos
 sin mi Atala no puedo vivir.

XXIII.

Ya me acercó á la lúgubre tumba
 donde yace mi amada infelice
 y su pecho por siempre me dice:

ven , mi Cháctas , no temas morir
 Lisonjera ilusion de mi dicha
 cual cuchillo me hiera funesta
 mi cancion para siempre será esta
 sin mi Atala no puedo vivir.

XXIV.

Que al unirse mi alma á la suya
 cuan siga sus lúgubres huellas
 en un Cielo sembrado de estrellas ;
 á mi Atala veré relucir.
 ¡O que llanto que vierten mis ojos!
 ¡O que penas mi pecho padece
 y la tumba á mi pasion se ofrece
 sin mi Atala no puedo vivir.

XXV.

Nadie llegue á mi tumba fria,
 nadie llegué jamás á llorarme
 y si alguno quiere consolarme
 le suplico no piense en venir ;
 que mi pena no tuvo remedio,
 el consuelo para mi fué perdido
 pues ha muerto mi dueño querido,
 sin mi Atala no puedo vivir.

XXVI.

De este modo dió fin á su canto
 aquel triste y desgraciado amante
 y á la tierra inclinó su semblante
 sin oírle llorar ni gemir :
 de dolor y de pena fallece:
 ya no jime ni menos suspira
 junto al pecho de su amante respira
 pues sin mi Atala no puedo vivir.

FIN.